

Fernando García Marín y Solano

Defensor de Canfranc y de Zaragoza

Fernando Martínez de Baños Carrillo.
Academia de las Ciencias y las Artes Militares
Sección Diccionario Biográfico Militar

11 de abril de 2021

El 2 de mayo de 1808, dio paso a España a una cruel lucha por su independencia frente a Francia, a la par que definía su manera de ser, si monarquía liberal o absoluta. La mayoría del pueblo español se levantó contra el francés. En la frontera de España con Francia, al norte de Huesca, un grupo de valientes capitaneados por el militar Fernando García Marín intentó sellar el paso ante la avalancha de las tropas de Napoleón.

Fernando García Marín y Solano, militar, humanista e ilustrado, había nacido en Corera (antes Castilla la Vieja, hoy La Rioja) en 1759. Se fue a Jaca acompañando a un tío suyo sacerdote que oficiaba en la localidad zaragozana de Longás. En Jaca García Marín se casó el 28 de julio de 1779 con Juana Calvo, hija del notario real José Bernardo Calvo, que tenía un bufete propio. Negocio que heredó en 1783.

García Marín, además de humanista tenía una gran afición a lo militar, era Diputado del común y miembro de la Real Sociedad Económica de Jaca, de la que había sido uno de sus fundadores en 1783.

García Marín participó en dos guerras contra el francés. En la de La Convención (1793-1795) y en la de Independencia (1808-1814). Al comienzo de la primera, el príncipe de Castelfranco ("Pablo Sangro y Merode, teniente general de los Reales Ejércitos de S.M. y coronel y director del Regimiento de Reales Guardias Walonas), nombrado comandante general del Ejército en el reino de Aragón, lo envió a Canfranc y al Fuerte del Coll de Ladrones para que estableciese allí los Reales Almacenes de víveres. Misión que cumplió muy satisfactoriamente alcanzando el grado de capitán. Posteriormente fue testigo del ataque a Urdós (Francia) que desde Canfranc realizaron los voluntarios de Felipe Perena Casajús. Antes de que finalizase la guerra, Canfranc contaba con una fuerza de unos 500 voluntarios.



Al acabar la contienda en 1795, García Marín regresó a Jaca donde continuó ejerciendo de “notario”, pero sin descuidar su interés por lo militar.

Pasando el tiempo llegamos a 1808. La sublevación de los jacetanos contra el francés se produjo pocos días después que la de Zaragoza. En Jaca gobernaba accidentalmente el teniente del rey Patricio Kindelán, en ausencia del mariscal de campo Juan O-Neille. Pero desgraciadamente Kindelán no era del agrado de los vecinos, que ocuparon en fuerza la ciudadela. El capitán López Pascual, que había llegado desde Zaragoza para poner la guarnición a las órdenes del general Palafox, al creer también los vecinos que era un afrancesado intentaron lincharlo, siendo salvado in extremis por García Marín.

Palafox, ante esta situación llamó a Zaragoza a Kindelán y a López Pascual, a la vez que se ordenaba al Comandante de Armas del Cantón de Canfranc, Fernando García Marín, que se trasladase a esa localidad y puerto y estudiase su defensa. Al llegar se puso al mando de setecientos hombres y dos compañías de los tercios de Huesca, con ciento treinta hombres cada una. El 10 de julio de 1808, se hacía cargo de la defensa de la parte alta del valle del Aragón.

Antes de que comenzasen las hostilidades tuvo tiempo García Marín de instruir a los reclutados en el buen uso de las armas y en la forma de luchar. También comprobó cómo eran los fuegos de artillería realizados desde la batería de la Torre defensiva de la Espelunca, comprobando con asombro que las trayectorias de los proyectiles podían verse afectadas por un saliente rocoso. Informado el gobernador de Jaca, que lo ejercía interinamente el teniente coronel José Tinoco, fue enviado un capitán de artillería para que a base de explosivos se destruyese el obstáculo, cosa que así se hizo.

En su estrategia García Marín no destruyó ninguno de los puentes de obra del valle, para interrumpir el avance francés, en caso de que ocurriera. Lo que sí hizo fue el quitar los pequeños puentes de madera y ramaje que había entre la venta de San Antón y el del monasterio de Santa Cristina, dejando únicamente unos tablones en cada uno de ellos para el paso de las propias avanzadas y destacamentos, protegidos los viandantes por pasamanos de cuerda.

Las noticias de los enviados al otro lado de la frontera fue que, efectivamente, había avanzadas muy numerosas al otro lado de los Pirineos con el fin de ocupar Somport, Canfranc y Jaca. Había claros indicios de que los franceses querían convertir al valle en una línea de abastecimiento.

A las doce y media de la noche del 17 de junio de 1808, llegó al puesto de mando de García Marín un emisario con una carta del mando francés, proponiéndole realizar una entrevista en el puerto del Somport. Al principio el español desconfió, pero aceptó la reunión con el fin de poder observar mejor a su enemigo y el terreno al otro lado del puerto, así como el poder ver las fábricas de hierro colado que existían en la villa de Urdos, de donde se abastecía el ejército francés. También, al aceptar la entrevista, podría examinar su oficial correo cómo eran sus unidades y avanzadillas al llevarle la respuesta.

El oficial español cruzó el linde con una carta de aceptación, para ver si, además de entregar la respuesta del comandante de Canfranc, podía llegar hasta las fábricas citadas y ver el modo de poder atacarlas. La carta de respuesta de Marín decía en su último párrafo:

(...) Consiento pues en salir al encuentro de v.m al punto de San-Port en la hora que señala, únicamente por condescender a su ruego, pues por mi parte nada solicito ni tengo que exponerle. La fuerza que me acompañe será solo de diez soldados, con arreglo a lo que v.m. me asegura debe llevar. Dios guarde a v.m. muchos años. Canfranc a la una de la noche del 17 de junio de 1808.

Para prevenir una traición del francés, el comandante de Canfranc ordenó a sus tropas que se apostasen y ocultasen para que en caso necesario se lanzasen contra los franceses a una orden determinada. Del despliegue mencionado no se percataron las avanzadas francesas.

El correo español fue detenido por los franceses de una avanzadilla que se encontraba en el monte Peyranère, a una hora a caballo de la frontera, por lo que no pudo cumplir con su objetivo de espionaje.

Desde muy temprano del día de la entrevista, el 18 de junio de 1808, estaba el comandante de Canfranc en el lugar señalado para el encuentro. A las diez y media de la mañana llegó el mando francés acompañado de diez soldados y dos paisanos. Ya en la cota de la montaña, las dos delegaciones desplegaron en guerrilla una frente a la otra a una distancia prudente. Saliendo de sus filas, los dos jefes se aproximaron uno hacia el otro hasta juntarse. Después de los saludos protocolarios, el francés solicitó que se permitiese pastar a los ganados franceses de los pueblos cercanos en aquellos puertos, tal y como era la costumbre; y que ambas fuerzas, españolas y francesas, se retirasen tierra adentro de cada país a seis u ocho leguas, quedando el terreno intermedio como zona neutral. El mando español respondió negativamente a estas propuestas y otras, por lo que cada delegación dio media vuelta y se retiró a sus líneas.

La falta de información sobre sus enemigos que necesitaban los de Canfranc, se vio en parte solucionado por los datos que desde hacía tiempo les daban desde Olorón dos españolas y un confidente que allí vivían, pagados del bolsillo propio de García Marín. Los datos sobre lo que ocurría desde Toulouse a Burdeos, como movimiento de tropas, además de conseguir varios periódicos en los que se encontraban bastantes noticias de lo que hacía el francés, eran la principal fuente de información.

A la negativa de poder pastar los ganados franceses en la zona española de los puertos, el mando francés temió que los de Canfranc hicieran alguna acción guerrillera capturándolos, por lo que ordenó a los pastores que se armasen y que fueran hacia el interior, a retaguardia de las tropas. Éstas estaban situadas en la Peyranère, el bosque del Pinar y en otras alturas en dirección al Somport donde había fuertes destacamentos y avanzadillas francesas.

Sabedor el comandante de Canfranc por sus contactos en Olorón del despliegue enemigo, buscó la manera de impedir que se acercasen más a la raya fronteriza. Para ello ordenó en la noche del 29 de junio, que el retén permanente de la Venta de San Antón formado por 150 hombres, desplegase en las vertientes del lado francés del Pirineo, ocupando las alturas dominantes para que, en caso de retirada, fueran protegidos en su marcha por el camino principal.

Al amanecer, los de Canfranc fueron acercándose sigilosamente sobre la avanzada francesa de Peyranère que guardaba varios rebaños. Los españoles cayeron de improviso sobre los franceses haciéndoles huir a la vez que capturaban el ganado y apresaban a los pastores. Fueron dos mil cabezas de ganado yeguar y lanar, con más de 350 arrobas de lana, que transportaron a territorio español, llevándolo todo a Jaca.

Esta acción española molestó y agravió al francés que puso la vista en otros ganados que pacían en las vertientes propias. El comandante de Canfranc, intuyendo esa acción, enviaba todas las noches a paisanos fieles expertos conocedores del terreno a observar los movimientos del enemigo. En la noche del 1 de julio, uno de los escuchas informó que las avanzadas francesas situadas cerca del Pino se habían desplazado para atacar esta avanzada española. La información sirvió para que esa amenaza fuera desbaratada, así como todos los intentos de ataque que se sucedieron hasta el día 15 del mismo mes. El servicio de escuchas dispuesto por el de Canfranc funcionó muy bien, haciendo que los franceses tuviesen continuamente bajas en encuentros esporádicos. Ante esta situación, el mando francés decidió darse una tregua para preparar un ataque a los españoles de mayor envergadura.

Los informantes de Olorón dieron noticia de que para el día 15 de agosto, tenían decidido atacar y destruir la batería de artillería formada por dos cañones y dos obuses, que los españoles tenían en La Espelunca, poniendo en su lugar la suya. La torre era un importante punto de defensa de la línea española. Si caía, peligraba la integridad de Canfranc y de todo el valle del Aragón, incluida Jaca. Así que el comandante decidió reforzar la avanzada y duplicar la del Pino, que se componía normalmente de 50 hombres. Desde ésta se cubría el camino principal de Francia a una distancia del Somport de unos 1.400 metros.

El día 14 por la tarde las tropas francesas se reubicaron a los costados del monte Somport, formando una línea muy larga, ondulante y débil. A la vista de lo que estaba ocurriendo, el comandante de Canfranc reforzó los puntos principales y decidió dar batalla a los franceses a pesar de la gran diferencia de fuerzas en contra de los españoles. Su plan de batalla consistió en desplegar a 400 de los suyos en el llano de Santa Cristina, cubriéndose con el barranco que lo atraviesa de norte a sur. En la venta de Santa Cristina se emboscaron cien españoles más, que deberían hostigar el flanco izquierdo francés si, como presumía el comandante, bajaban al llano a combatir al ver su superioridad numérica.

Cerca de la posición del enemigo se encontraba la sierra del Tobazo que en su parte trasera abundaban los cortados y desfiladeros, siendo prácticamente imposible andar por allí. Sin embargo, el comandante español envió a ese lugar a 30 hombres de confianza para caer sobre la retaguardia del francés, o al menos sobre su flanco derecho. Al poco se inició un tiroteo intenso entre los dos bandos, sin que el francés se decidiera a bajar al llano. El intercambio de disparos duró hasta las tres de la tarde sin ocasionar bajas importantes.

Creyendo el comandante de Canfranc que los hombres que envió ya habrían llegado a su destino, ordenó que los cien emboscados en Santa Cristina saliesen a toda prisa para ganar altura por el flanco izquierdo francés. En un momento determinado, la línea francesa se encontró entre tres fuegos: los de los treinta por su derecha, los de los cien por su izquierda y los del centro, por lo que se reagruparon en el centro de la línea.

Cuando llegaron con sumo esfuerzo los españoles al Somport, cargaron con fuerza sobre el flanco enemigo obligándoles a retroceder y a refugiarse en el bosque de Peyranère. Los españoles persiguieron a los franceses para explotar el éxito alcanzado el Somport. El combate se reinició en el linde del bosque sin dejar que el francés se reorganizara. Así de esta manera el bosque cayó en poder de los españoles y persiguió a su enemigo hasta dar vista a Urdos.

Así terminó la después llamada «acción de Somport», regresando a sus casas los soldados llenos de patriotismo y orgullo llevando con ellos algunos prisioneros y armamento. Todos lucharon bien y con arrojo.

Poco tiempo después, el mismo comandante se enteró por sus confidentes dónde estaban depositados bagajes y útiles, muy rentables y de elevado coste. Así que organizó un grupo que, a modo de guerrilla, se internó en territorio francés y capturaron 45 fardos de estofas finas (telas o tejidos de labores, normalmente de seda) valoradas en una verdadera fortuna para la época, que fue aprovechada por los soldados españoles.

El 26 de octubre de 1808, en el intervalo de tiempo que hubo entre el primer y el segundo Sitio de Zaragoza, 160 hombres de armas y algunos vecinos de Canfranc prácticos del terreno, pasaron al otro lado del Somport para destruir la fábrica de hierro colado y la fundería que poseían los franceses «como a legua y media de la frontera». Los españoles, a las órdenes del jefe de la comandancia, no solo redujeron a cenizas la fábrica y destruyeron los canales de agua de que se servían, a pesar de la defensa enconada que realizaron los franceses, sino que se trajeron a hombros hasta Canfranc, a falta de caballerías, muchas ollas de campaña y otros efectos que necesitaban. También fue destruida la Venta de Peyranère, situada a unos tres cuartos de legua del Somport en Francia, para evitar que los franceses usasen ese punto de albergue.

El 11 de enero de 1809, después de dejar Canfranc sin haber cobrado ningún estipendio todavía, García Marín fue a la Zaragoza acorralada en su Segundo Sitio. Con sable en mano, hizo que las tropas zaragozanas no huyesen del reducto del Pilar ante el brutal ataque del francés del 17 de enero de 1809. A pesar de haber sido herido grave, demostró un gran valor. También se distinguió en la defensa del Arrabal y en las ruinas del monasterio de Santa Engracia.

Mientras él estaba en Zaragoza, su esposa Juana Calvo Guillén y sus hijas Fernanda y Mariana tuvieron que abandonar la ciudad de Jaca al ser ocupada por los franceses, dejando su casa y todos sus bienes en manos de saqueadores. Primero fueron a Cataluña y más tarde a Mallorca donde estarían hasta 1814. En este intervalo de tiempo la esposa falleció y el resto pasaron muchas penalidades.

Cuando capituló Zaragoza el 20 de febrero de 1809, Fernando García Marín fue hecho prisionero y llevado a Francia en la columna del general Antoine Morlot, donde se fusilaba y ejecutaba sin piedad. En el trayecto perdió todas sus pertenencias, incluido el Despacho de Teniente Coronel, por lo que tuvo que volver a solicitar de Palafox el reconocimiento de sus acciones en la guerra y los ascensos obtenidos, siendo correspondido.

Regresó a España después de la firma de la paz. En mayo de 1815, estando agregado al regimiento de Tarragona, el general Palafox lo destinó a la Comandancia de Armas del Cantón de Canfranc, donde permaneció hasta 1818, alcanzando en estos años los empleos efectivos de teniente coronel y de coronel, no sin antes solicitar el 15 de noviembre de 1817 una certificación confirmando los lugares donde había combatido en la Guerra de la Independencia, así como los méritos que había conseguido, tanto defendiendo el Cantón de Canfranc como el peligroso y difícil reducto del Pilar en la ciudad de Zaragoza. El modo en como realizó esta petición fue a través de un Memorial escrito por el general Palafox.

En 1818 Marín fue nombrado presidente del Consejo de Guerra permanente hasta el año 1820, año del inicio del Trienio Liberal (1820-1823), que fue destituido. Se consideró absolutista y se puso del lado de los Cien Mil hijos de San Luis, a pesar de lo cual a finales de 1823 pasó a licenciado dejando definitivamente la notaría en 1826, pero habiendo sido denostado por Fernando VII.

Escribió textos relacionados con los Sitios y la guerra, editados en 1817 y en 1834.

Fernando García Marín, coronel de Infantería, caballero de la Orden de San Hermenegildo y poseedor de la Cruz y Escudo de distinción del Segundo Sitio, dicen que murió pobre en Zaragoza a los setenta y siete años de edad, después de haber realizados grandes servicios a España.